

EL SER HUMANO NO PUEDE SER ATEO.

El ser humano no puede ser ateo. Por supuesto que es capaz de alejarse de Dios, y hasta de alzarse delante suyo como el Cananeo y retarle orgulloso, pero eso no es ser ateo. Precisamente cuanto más percibamos el peso de la existencia, cuanto más amemos la libertad, la justicia, la belleza, más estaremos ante el lavatorio de los pies.

Por eso el ateísmo o es un drama insoportable o una impostura. No es posible decir que Dios no existe, que la muerte es el fin absoluto de la vida, el camino hacia el que se dirigen todos nuestros sueños, el fuego en el que han de extinguirse, sin sentir la inmensa, inefable injusticia de la vida humana. No estamos hechos para morir, aunque muramos. No estamos hechos para sufrir, aunque suframos.



No nos extrañe que el hombre contemporáneo se enfade con Dios. Lo hace con una clara conciencia de que su enfado es justo. Es la ira que nace del desengaño amoroso. Puro despecho. Si Tú no estás, si no quieres venir a mí, construiré un mundo aparte. He aquí el verdadero ateísmo contemporáneo, que es en absoluto ateo.

Quiero que la Iglesia piense como piensa el mundo de hoy (en realidad, siempre el hombre ha querido que la Iglesia pensara lo que él pensaba, igual que siempre ha pretendido que Dios le siguiese las órdenes), que se amolde a los dictados que tocan sobre los homosexuales, el divorcio, el aborto, la eutanasia... y si no los sigue ya tengo qué replicar. ¡Ah, pero si los siguiera! Si los siguiera ya quedaría a la luz que ella no tiene nada que ver con Cristo: ¡a qué tanto cacareo si Su Presencia no tiene ningún efecto, si sois como los demás!

Hay personas entre nosotros que viven de una forma que para otros es inimaginable, porque su manera de estar ante la realidad corresponde al corazón de cualquiera. Acogen, aman, miran, y también duermen y comen como habíamos perdido la esperanza de que se pudiera acoger, amar, mirar, dormir o comer. Ellos son el hecho de Cristo hoy, el innegable hecho de Cristo hoy. Su Iglesia hablamos de si merece la pena vivir, y aquí sólo están Dios y la nada. No hay centro del campo. O buscar a Dios o huir de Él. Este es el paradigma de la libertad. Porque si Cristo es posible, como atestiguan los que realmente viven, el tiempo es oro, estar aquí merece la pena y podemos esperararlo todo. Todo. Si no, puedo seguir a lo mío...